

Aquella mañana, recluido en su habitación—una pieza que daba al Norte, algo sombría á consecuencia de la vecindad de los plátanos, y sin más ajuar que su cama de hierro, un escritorio de caoba y una mesa grande, en donde había un mortero y un microscopio—acababa de fabricar con infinito esmero una botella de su licor. Desde la vispera, después de majar sustancia nerviosa de carnero en agua destilada, estaba decantando y filtrando. Y, por último, había logrado obtener una botellita de líquido turbio, opalino, irisado de visos azules, que miró largo rato á la luz, como si tuviese en su poder la sangre regeneradora y salvadora del mundo.

Pero vinieron á sacarle de su abstracción unos golpecitos dados á la puerta y una voz apremiante.

—¡Señor, por Dios! Son las doce y cuarto. ¿No piensa V. almorzar?

Abajo, efectivamente, esperaba el almuerzo, en el espacioso y fresco comedor. Se había entreabierto una de las ventanas, dejando cerradas las demás. Era una pieza alegre, revestida de madera gris perla con filetes azules. La mesa, el aparador y las sillas debieron de completar en lo antiguo el mobiliario imperio que se veía en las habitacio-

nes; y sobre el fondo claro se destacaba intensamente el rojo de la caoba vieja. Una suspensión de cobre pulimentado, siempre reluciente, brillaba como un sol; y las cuatro paredes ostentaban cuatro grandes ramilletes, pintados al pastel, de alelíes, claveles, jacintos y rosas.

El doctor Pascual entró radiante de alegría.

—¡Caramba! con el afán de acabar me he entretenido... ¡Aquí la tienes, flamante y purísima esta vez, dispuesta á hacer milagros!

Y enseñaba la botella, de que no había sabido desprenderse, en el ardor de su entusiasmo. Pero vió á Clotilde, tiesa y muda, con cara fosca. El sordo despecho de las horas de expectación acababa de devolverla toda su hostilidad, y ella, que ardía en deseos de arrojarle á su cuello por la mañana, ahora permanecía inmóvil, fría y metida en sí.

—¡Hola!—añadió sin perder su alegría.—  
¿Todavía de monos? ¡Eso sí que está feo!...  
¿De manera que no admiras tú este licor mágico que despierta á los difuntos?

Se había puesto á la mesa, y la joven, sentándose enfrente, tuvo que responder al fin:

—Bien sabes tú, maestro, que admiro todo lo tuyo... Pero lo que deseo es que te admi-

ren también los demás. Y esa muerte del pobre Boutin...

—¡Oh!—exclamó el doctor sin dejarla concluir.—¡Un epiléptico que ha sucumbido en un ataque congestivo! Mira: puesto que estás de mal humor, no hablemos más del caso: acabaría por disgustarme, y se me echaría á perder el día.

Había huevos pasados por agua, chuletas y natillas. Reinó un prolongado silencio, durante el cual Clotilde, á pesar de su rabietta, comía á dos carrillos, porque tenía buen diente, y no hacía melindres para disimularlo. Así es que el doctor acabó por decir, riendo:

—Lo que me tranquiliza es que tienes buen estómago... Vamos, Martina, dé V. pan á la señorita.

La criada los servía, según costumbre, mirándoles comer con su tranquila familiaridad. Muchas veces hasta hablaba con ellos.

—Señorito—dijo después de cortar pan:—el carnicero ha traído la cuenta: ¿se paga?

—¿Por qué me lo preguntas? ¿No pagas tú siempre sin consultarme?

Martina era, en efecto, quien manejaba la bolsa. Las cantidades depositadas en casa del señor Grandguillot, notario de Plassans,

producían una suma redonda de seis mil pesetas de renta. Cada trimestre se entregaban á la criada las mil quinientas pesetas que correspondían, y ella era quien disponía de ese dinero de la manera más beneficiosa para los intereses de la casa, comprándolo y pagándolo todo con la más estricta economía, porque era tacaña, y siempre le andaban con bromas sobre eso. Clotilde, muy poco gastadora, jamás había pensado en tener su bolsa particular. En cuanto al doctor, lo que necesitaba para sus experimentos y gastos menudos lo tomaba de las tres ó cuatro mil pesetas que ganaba anualmente, y que echaba en un cajón del escritorio; de modo que había allí un tesorito en oro y billetes del banco, cuya cifra exacta no conocía nunca.

—Sí, señor—contestó la criada:—claro que pago; pero cuando soy yo la que tomo las cosas; y esta vez la cuenta sube á tanto con todos esos sesos que le ha mandado á V. el carnicero...

El doctor la interrumpió bruscamente.

—¡Hombre, me gusta! ¿También tú vas á ponerte contra mí? ¡No, no! ¡Eso ya pasaría de la rayal!... Ayer me disteis un gran digusto, y me irrité. Pero es preciso que esto aca

be; no quiero que la casa sea un infierno... ¡Dos mujeres contra mí, y las únicas que me quieren algo! ¡Antes tomo la puerta ahora mismo!

Hablaba riendo, sin enfadarse; pero el temblor de su voz denunciaba la inquietud de su alma. Y añadió con jovialidad bonachona:

—Si es que te asusta el balance de fin de mes, hijita, dile al carnicero que me mande mi cuenta aparte... Y no te asustes: no se te pide que toques á lo tuyo; tus monises pueden dormir en paz.

Era una alusión á los ahorrillos de Martina. En treinta años, á cuatrocientas pesetas de salario, había ganado doce mil pesetas, de las cuales no había tomado más que lo estrictamente indispensable, y la suma de sus economías, engrosada, casi triplicada por los intereses, se elevaba á la fecha á treinta mil pesetas, que no había querido colocar en casa del señor Grandguillot, por capricho, por manía de poner su dinero aparte. Estaba, por supuesto, en rentas sólidas.

—El dinero que duerme es dinero honrado—dijo gravemente.—Pero tiene V. razón: yo diré al carnicero que mande una cuenta separada, porque todos esos sesos son para la cocina del señorito, y no para la mía.

Esta explicación hizo sonreír á Clotilde, á quien solían divertir mucho las bromas sobre la tacañería de Martina; y el almuerzo acabó más alegremente. El doctor quiso ir á tomar el café debajo de los plátanos, diciendo que sentía necesidad de aire después de su encerrona de toda la mañana. Se sirvió, pues, el café en la mesa de piedra, cerca de la fuente. ¡Y qué bien se estaba allí, á la sombra, al fresquillo y al rumor canoro del agua, mientras, en torno, el pinar, la era, la finca toda, echaba chispas con el sol de la tarde!

Pascual había cargado muy satifecho con su botellita de sustancia nerviosa, y la miraba plantificada encima de la mesa.

—¡De manera, señorita—dijo como sermoneándola en tono de broma—que V. no cree en mi elixir de resurrección y cree en los milagros!

—Maestro—respondió Clotilde—lo que yo creo es que no lo sabemos todo.

El doctor hizo un gesto de impaciencia.

—Pues será preciso saberlo todo... ¿No ves tú, testarudita, que jamás se ha comprobado científicamente ninguna transgresión de las leyes inmutables que rigen el universo? Hasta el día no ha habido más inter-

vención eficaz que la de la inteligencia humana; yo te desafío á que me encuentres una voluntad real, una intención cualquiera, fuera de la vida... Y todo está ahí: no hay en el mundo otra voluntad que esa fuerza que impulsa á todas las cosas á la vida, á una vida cada vez más desenvuelta y superior.

Se había levantado, accionando animadamente; y tal fuego le inspiraba su fe, que Clotilde le miraba, sorprendida de verle tan joven con sus cabellos blancos.

—¿Quieres que te diga mi *Credo*, ya que me acusas de rechazar el tuyo?... Pues creo que el porvenir de la humanidad está en el progreso de la razón mediante la ciencia. Creo que la prosecución de la verdad mediante la ciencia es el ideal divino que el hombre debe proponerse. Creo que, fuera del tesoro de verdades lentamente adquirido, y que nunca habrá de perderse, todo es ilusión y vanidades. Creo que la suma de esas verdades, siempre aumentada, acabará por dar al hombre un poder incalculable y la serenidad, si no la felicidad... Sí: creo en el triunfo final de la vida.

Y sus ademanes, más amplios cada vez, daban la vuelta al dilatado horizonte como

para tomar por testigo á aquel campo inflamado donde hervían las savias de todas las existencias.

—¡Sí; el milagro continuo, hija, es la vida!... ¡Abre los ojos, y ve!

Clotilde sacudió la cabeza.

—Por más que los abro, no lo veo todo... Maestro, el terco eres tú, cuando te empeñas en no admitir que hay allá un algo desconocido en que no penetrarás nunca. ¡Oh! ya sé que sabes demasiado para ignorar eso. Lo que hay es que no quieres tenerlo en cuenta, que dejas á un lado lo desconocido, porque te estorbaría para tus investigaciones... Por más que me digas que prescinda del misterio, que parta de lo conocido á la conquista de lo desconocido, á mí me es imposible: el misterio me atrae y me preocupa en seguida.

El la escuchaba sonriendo, satisfecho de verla animarse, y acarició con la mano los rizos de sus cabellos rubios.

—Sí, sí, comprendido: tú eres como los demás; no puedes vivir sin ilusiones y mentiras... Pero anda, que de todos modos nos entenderemos. Tú ten salud, que es la mitad de la sabiduría y de la felicidad.

Después, cambiando de conversación:

—Vamos á ver: supongo que me acompañarás y ayudarás en mi gira de milagros... Hoy es jueves, día de visita. En cuanto ceda un poco el calor, saldremos juntos.

Se negó al principio, por no dar su brazo á torcer; pero acabó por consentir, viendo el sentimiento que le causaba, porque comúnmente era Clotilde la acompañante del doctor. Permanecieron á la sombra de los plátanos hasta que él subió á vestirse. Cuando volvió á bajar, con su levita correctamente ajustada y su sombrero de copa de ala ancha, habló de enganchar al Viejito—el caballo, que durante un cuarto de siglo le había llevado á sus visitas al través de las calles de Plassans y de los campos del contorno.—Pero el pobre animal empezaba á quedarse ciego, y en premio de sus servicios, por cariño y gratitud, no se le molestaba apenas. Aquella tarde estaba completamente adormilado, con los ojos mortecinos y las patas baldadas de reuma. Así, el doctor y la joven, que fueron á verle á la cuadra, le plantaron sendos besos á izquierda y derecha del hocico, diciéndole que descansase en una buena cama de paja, que le arregló Martina, y decidieron irse á pie.

Clotilde, sin cambiarse el vestido blanco

de lunares encarnados, no hizo más que ponerse un sombrero ancho de paja, adornado con un haz de lilas; y estaba hechicera, con sus hermosos ojos y su rostro de leche y rosa velados por la sombra de las amplias alas. Cuando salía así del brazo de Pascual—ella tan joven, delgada y airosa; él radiante, con la cara como iluminada por la blancura de la barba, y tan vigoroso aún que levantaba á Clotilde para cruzar los arroyos—la gente sonreía á su paso, y se volvía para seguirlos con la mirada: tan guapos y tan agradables eran. Aquel día, cuando dejaban el camino de las Fenouillères para entrar en Plassans, un grupo de mujeres interrumpió su conversación. Diríase que pasaba uno de esos antiguos reyes que se ven en los cuadros, uno de esos reyes poderosos y afables que no envejecen ya, con la mano posada sobre el hombro de una niña, hermosa como el sol, cuya lozana y sumisa juventud le sostiene.

Daban la vuelta por el paseo Sauvaire para tomar la calle de la Banne, cuando les detuvo un mocetón moreno, como de treinta años.

—¡Ah, maestro! se ha olvidado V. de mí. Todavía estoy aguardando sus notas de V. sobre la tisis.

Era el doctor Ramond, establecido en Plasans hacía dos años, y que iba adquiriendo muy buena clientela. Hombre de una testa soberbia, en todo el esplendor de una sonriente virilidad, era adorado de las mujeres, y tenía, por fortuna suya, mucho talento y mucho juicio.

—¡Hola, Ramond! ¡Buenas tardes!... Nada de eso, amigo mío; no le olvido á V. Es cosa de esta niña, á quien di ayer á copiar las notas y que no ha hecho nada aún.

Los dos jóvenes se habían estrechado la mano con muestras de cordial intimidad.

—Buenas tardes, Clotilde.

—Buenas tardes, Ramond.

Durante una fiebre mucosa, afortunadamente benigna, que había sufrido la joven el año anterior, el doctor Pascual llegó á atolondrarse hasta el punto de dudar de sí, y exigir que le ayudase y tranquilizase su joven colega. Así llegó á establecerse entre los tres verdadera familiaridad.

—Yo le prometo á V. que mañana por la mañana tendrá su nota—contestó Clotilde sonriendo.

Ramond les acompañó todavía algunos minutos hasta la esquina de la calle de la Banne, ya á la entrada del barrio viejo,

adonde iban. Y en su manera de inclinarse hacia la joven, sonriendo, se traslucía un discreto amor, que había ido creciendo lentamente, y esperaba con paciencia su hora para el más razonable de los desenlaces. Al propio tiempo escuchaba con deferencia al doctor Pascual, cuyos trabajos admiraba mucho.

—¡Vea V.! Hoy precisamente voy á casa de Guiraude, ya sabe: la mujer del curtidor que murió tísico hace cinco años. Le han quedado dos hijos: Sofía, una muchacha que va para diez y seis, y á quien, por dicha, conseguí que enviaran al campo con una de sus tías, que vive aquí cerca, cuatro años antes de la muerte del padre; y un hijo, Valentín, que acaba de cumplir los veintiuno, que la madre se empeñó en tener á su lado por una obcecación de cariño, á pesar de las terribles consecuencias que la predije. ¡Pues bien! Para que vea V. si tengo razón al sostener que la tisis no es hereditaria, y que los padres tísicos no hacen más que legar un terreno degenerado, en el que al menor contagio se desarrolla la afección, Valentín, que ha vivido en contacto diario con el padre, está hoy tísico, mientras Sofía, criada al aire libre, tiene una salud soberbia.

Hablaba con aire de triunfo, y añadió sonriendo:

—Esono obsta para que acaso pueda yo salvar á Valentín, porque desde que le pincho, renace á ojos vistas y empieza á tomar carnes... ¡Ah, Ramond! ¡Ya verá V., ya verá V. cómo viene á parar á mis pinchazos!

El joven médico les estrechó la mano á los dos.

—No digo que no. Ya sabe que yo estoy siempre con V.

Cuando quedaron solos, apretaron el paso y se internaron enseguida en la calle Canquoin, una de las más angostas y sombrías del barrio viejo. A pesar de aquel sol abrasador, reinaba allí una luz lívida y se sentía una frescura de cueva. En un piso bajo de esa calle vivía Guiraude con su hijo Valentín. Salió á abrir la madre, una mujer escuálida, consumida á consecuencia de una lenta descomposición de la sangre. Se pasaba de la mañana á la noche partiendo almendras, con la cabeza de un hueso de carnero, sobre una piedra, sujeta entre las rodillas. Era el único trabajo de que se sustentaban, porque el hijo había tenido que dejar toda clase de ocupaciones. Sonrió, no obstante, aquel día, al ver al doctor, porque Valentín acababa de

comer una chuleta con buen apetito—cosa que no había hecho durante meses.—El muchacho, un esqueleto, de pelo ralo, de barba clara, de pómulos salientes con chapetas sonrosadas sobre una tez de cera, se levantó también presuroso para demostrar que estaba mucho más valiente. La acogida dispensada á Pascual, como á Salvador, al Mesías anhelado, impresionó á Clotilde. Aquella pobre gente le estrechaba las manos; le hubiera besado los pies, y le miraba con ojos radiantes de gratitud. ¡Lo podía, pues, todo! ¡Era el Dios que resucitaba á los muertos! El, á su vez, prorrumpía en una risa animadora, á la vista de aquella cura que tan bien se anunciaba. Naturalmente, el enfermo no estaba fuera de peligro, y hasta quizá se reducía todo á los efectos de un latigazo, porque él no veía en el paciente más que una excitación febril. Pero ¿no era nada ganar días? Le pinchó de nuevo, mientras Clotilde, en pie, delante de la ventana, volvía la espalda; y al marchar, vió la joven que dejaba veinte francos sobre la mesa. Era cosa frecuente eso de pagar él á los enfermos, en vez de ser ellos los que le pagasen á él.

Hicieron otras tres visitas en el barrio viejo; después fueron á ver á una señora de la

ciudad nueva, y cuando estaban en la calle otra vez:

—¿Sabes una cosa? Si tú fueses una muchacha de ánimos, antes de ir á casa de Lafougasse nos llegaríamos hasta la Séguiranne, para ver á Sofía en casa de su tía. Tendría yo gusto en eso.

Apenas había más que tres kilómetros, y con un tiempo tan admirable sería un paseo delicioso. Aceptó ella alegremente, sin hacerse ya la interesante, y estrechó el brazo del doctor, muy satisfecha de ir así con él. Eran las cinco; el sol oblicuo inundaba el campo de oro. Pero una vez fuera de la ciudad, tuvieron que atravesar un trozo de la seca y desnuda llanura, á la derecha del Viorne.

El canal reciente, cuyas aguas debían transformar el país abrasado de sed, no regaba todavía aquel trozo; y las tierras rojas ó amarillentas, castigadas por un sol de justicia, se dilataban indefinidamente, sin más vegetación que almendros raquíuticos y olivos enanos, podados y desmochados continuamente, cuyas ramas se retorcián y alabeaban en actitudes de rebelión y sufrimiento. A lo lejos, en las peladas vertientes, no se veían más que las pálidas manchas de las

quintas, orladas por la negra cenefa del ciprés reglamentario. A pesar de todo, la inmensa extensión desnuda, con sus anchos pliegues de terrenos asolados, con sus agrias y duras coloraciones, ofrecía hermosas líneas clásicas, de una severa grandeza. En el camino había veinte centímetros de polvo, un polvo de nieve, que el menor soplo de aire arremolinaba en volantes humaredas, y que blanqueaba las higueras y zarzales de ambas orillas.

Clotilde, que se distraía como una niña oyendo crujir todo aquel polvo bajo sus piecitos, quería tapar á Pascual con su sombrilla.

—Te da el sol en los ojos. Ponte á la izquierda.

Pero el doctor acabó por quitarle la sombrilla para llevarla él.

—Es que no la llevas tú bien, y además te cansas... Pero ya llegamos.

En la abrasada llanura se divisaba un islote de follaje, un verdadero sotillo. Era la Séguiranne, la posesión en que había crecido Sofía, en casa de su tía Dieudonné, la mujer del aparceró. Dondequiera que corría el menor manantial, el menor arroyo, brotaban en aquella tierra de fuego exuberantes ve-



getaciones, que formaban espesas y dilatadas umbrías, calles de árboles de una profundidad y una frescura deliciosas. Los plátanos, los castaños y los olmos crecían briosamente. Los paseantes se internaron por una calle de admirables encinas.

Cuando se acercaban á la granja, una moza que trabajaba en un prado soltó la horquilla y corrió á su encuentro. Era Sofía, que había reconocido al doctor y á la señorita, como llamaba á Clotilde. Les adoraba, y, al llegar, se quedó confusa, mirádoles, sin acertar á decir la multitud de cosas que henchían su corazón. Se parecía á su hermano Valentín: tenía, como él, poca estatura, pómulos salientes, pelo de color claro; pero criada en el campo, lejos del contagio del medio paterno, había echado carnes, se mantenía á plomo sobre sus robustas piernas, y lucía un semblante rollizo y una cabellera espesa. Tenía también unos ojos muy hermosos, donde brillaban la salud y la gratitud. Su tía Dieudonné, que extendía la hierba con ella, se adelantó igualmente, gritando de lejos en son de broma, con cierta rudeza provenzal:

—¡Ah, don Pascual, aquí no hace V. falta!  
¡Aquí no hay nadie enfermo!

El doctor, que no había ido más que para contemplar aquel hermoso espectáculo de salud, respondió en el mismo tono:

—Ya lo supongo; pero á fe que hay aquí una chiquilla que nos debe una buena vela á V. y á mí.

—¡Y que es la pura verdad! Ya lo sabe ella, don Pascual, y todos los días está diciendo que si no fuese por V., se vería á estas horas como su pobre hermano Valentín.

—¡Bah! También le salvaremos. Va mejor. Vengo de verle ahora.

Sofía cogió las manos del doctor y se la llenaron de lágrimas los ojos. No pudo hacer más que balbucir:

—¡Oh, don Pascual!

¡Cómo le querían! Clotilde sentía crecer su cariño al doctor con todos aquellos afectos diseminados. Permanecieron allí un instante, departiendo á la sombra bienhechora de las encinas. Después volvieron hacia Plassans, donde tenían que hacer aún una visita.

Era en el ángulo de los dos caminos, en un lóbrego figón, blanqueado por el polvo. Enfrente acababa de instalarse un molino de vapor, aprovechando las antiguas construcciones del Paradou, una finca que databa del

siglo último. Y Lafouasse, el figonero, no dejaba de hacer su poquito de negocio, gracias á los obreros del molino y á los campesinos que llevaban su grano. Tenía también por parroquia los domingos los pocos habitantes de los Artauds, una aldehuela inmediata. Pero le soplaban malos vientos; hacía tres años que andaba á remolque, quejándose de reumatismos, en que el doctor acabó por reconocer un principio de ataxia; y el hombre se obstinaba en no tener criada, y seguía sirviendo á los parroquianos, agarrándose á los muebles, así que, cuando se rehizo después de una decena de pinchazos, pregonaba ya su curación por todas partes.

Estaba cabalmente á la puerta, tan alto y fortachón, con la cara encendida dentro de un nimbo flameante de pelo rojo.

—Le esperaba á V., don Pascual. ¡Ha de saber que ayer pude embotellar dos toneles de vino, y sin cansarme!

Clotilde se quedó fuera, en un banco de piedra, mientras Pascual entraba á hacer una inyección á Lafouasse. Se oían sus voces, y este último, muy flojote, á pesar de su musculatura, se quejaba del dolor del pinchazo; pero, en fin, bien podía sufrirse un poco por comprar la salud. Después se enfadó por-

fiando para que el doctor tomase alguna cosa. La señorita no le haría el desaire de rechazar una copita de dulce. Sacó una mesa fuera, y no hubo más remedio que beber con él.

—¡A su salud de V., don Pascual, y á la salud de todos los pobretes que le deben á V. el pellejo!

Clotilde, muy risueña, pensaba en las murmuraciones de que le había hablado Martina, en aquel Boutín, cuya muerte se achacaba al doctor. ¿De modo que no mataba á sus enfermos? ¿De modo que su medicación hacía verdaderos milagros? Y recobraba la fe en su maestro al calor de aquella atmósfera de cariño que penetraba en su alma. Cuando se marcharon, había vuelto á pertenecerle por entero; podía cogerla, llevársela, disponer de ella á su antojo.

Pero algunos minutos antes, sentada en el banco de piedra, estuvo revolviendo en su mente una historia confusa, al tiempo que miraba al molino de vapor. ¿No era allí mismo, en aquellos edificios ennegrecidos por el hollín y blanqueados ahora por la harina, donde se había desarrollado tiempo atrás un drama de pasión? Y volvía á ofrecérsele la historia; volvía á recordar los de-

talles contados por Martina, las alusiones hechas por su mismo tío; toda una aventura amorosa y trágica de su primo, el presbítero Sergio Mouret, entonces cura de los Artauds, con una chiquilla adorable, una criatura salvaje y apasionada, que vivía en el Paradou.

Seguían de nuevo la carretera, y Clotilde se detuvo señalando con la mano aquella vasta y triste extensión de rastros y de eriales.

—Maestro, ¿no era ahí donde había un gran jardín? ¿No me has contado tú esa historia?

Pascual, que iba embargado por el gozo de aquel día feliz, se estremeció y sonrió con una dulzura infinitamente triste.

—Sí, sí, el Paradou, un parque inmenso: bosques, praderas, huertos, jardines y fuentes y arroyos que desaguaban en el Viorne... Un parque abandonado desde hace un siglo, el jardín de la "Bella durmiente del Bosque,, donde había vuelto á reinar soberanamente la naturaleza... Y ya lo ves; lo han talado, descuajado y nivelado para dividirlo en lotes y venderlo en pública subasta. Hasta los manantiales están secos; ya no queda allá más que ese pantano envenena-

do... ¡Ah! ¡Cuando paso por aquí, se me oprime el corazón!

Clotilde se atrevió á preguntar aún:

—¿No fué en el Paradou lo de los amores de mi primo Sergio y de tu grande amiga Albina?

Pero el doctor, olvidado de la joven, continuó, mirando á lo lejos, con la vista desvanecida en el pasado:

— ¡Albina, Dios mío! La estoy viendo ahora en el jardín bañado de sol, como un ramo de fuerte aroma, con la cabeza echada hacia atrás, con el seno henchido de alegría, feliz con sus flores, flores silvestres entretejidas en sus rubios cabellos, y alrededor del cuello, del pecho y de los brazos desnudos, de aquellos brazos delgados y dorados... Y, después de asfixiada en medio de sus flores, la vuelvo á ver muerta, completamente blanca, con las manos juntas, durmiendo sonriente en su lecho de jacintos y varas de José... ¡Una muerta de amor! ¡Y cómo se habían amado Albina y Sergio en el tentador jardín, en el seno de la naturaleza cómplice! ¡Y qué o'cada vital arrolladora de todas las falsas vallas, y qué triunfo de la vida!

Clotilde, alterada también con aquel ardiente murmullo de palabras, le miraba fija-

mente. Jamás se había atrevido á hablarle de otra historia que corria sobre el único y discreto amor que Pascual había sentido por una señora ya muerta. Contábase que la asistió sin atreverse siquiera á besarle la punta de los dedos. Hasta la presente, hasta cerca de los sesenta años, le habían desviado de las mujeres el estudio y su timidez. Pero á pesar de todo, y á pesar de su cabeza blanca, se veía que era un hombre destinado á la pasión, un hombre de corazón impetuoso y juvenil.

—Y la muerta, la mujer á quien se llora...

Se detuvo, con las mejillas encendidas, sin saber por qué, y añadió en voz trémula:

—¿No la amaba, pues, Sergio, que así la dejó morir?

Pascual pareció despertar, estremeciéndose al encontrarla cerca de sí, tan joven, con aquellos ojos tan hermosos, abrasadores y límpidos, cobijados en la sombra del ancha ala. Algo había pasado: acababa de cruzar por los dos un mismo soplo. Y ya no volvieron á cogerse del brazo al seguir juntos su camino.

—¡Ah, querida! ¡Qué hermosura, si los hombres no lo echasen todo á perder! Albina ha muerto, y Sergio es ahora cura de

San Eutropio, donde vive con su hermana Desideria, un alma bendita, que tiene la suerte de ser medio idiota. El es un santo varón; jamás he dicho lo contrario... Se puede ser un asesino y servir á Dios.

Y continuó diciendo crudezas sobre el mundo, sobre la negra y execrable humanidad, sin dejar de sonreír alegremente. El amaba la vida y ponía de relieve su esfuerzo incesante, valeroso y sereno, á pesar de todo lo malo y desanimador que pudiese contener. Por muy horrible que pareciese, la vida debía de ser grande y buena cuando á ella nos apegamos con voluntad tan tenaz, movidos, sin duda, por el objeto de esa voluntad misma y del gran trabajo ignorado que realiza. No hay que decir que, á fuer de sabio, á fuer de hombre de clara inteligencia, no se forjaba una humanidad de idilio en medio de un mundo de delicias; veía, al contrario, los males y los achaques; los ponía al descubierto, los escudriñaba y catalogaba hacía treinta años; pero su pasión por la vida, su admiración hacia las fuerzas de la vida, bastaban para inundarle de una alegría perpetua, de donde parecía fluir naturalmente su amor á los demás, un fraternal cariño, una simpatía que transpiraba al través de su

rudeza de anatómico y de la impersonalidad afectada de sus estudios.

—¡Bah!—concluyó volviéndose por última vez hacia los tristes y dilatados campos.—El Paradou no existe ya: lo han saqueado, ensuciado y destruido; pero ¡qué importa! Se plantarán viñas, crecerá trigo, brotará toda una explosión de cosechas nuevas, y volverán los amores en los días lejanos de vendimia y recolección... La vida es eterna: siempre está renovándose y creciendo.

Había vuelto á tomar el brazo de Clotilde, y así regresaron, unidos y en amor, durante el último crepúsculo que moría en el cielo, tornado lago tranquilo de violetas y de rosas. Y al verlos á los dos—al antiguo rey poderoso y afable, apoyado en el hombro de una niña sumisa y encantadora, cuya juventud le sostenía—las mujeres de los arrabales, sentadas á la puerta, les seguían con una sonrisa cariñosa.

Martina estaba de centinela en la Souleide aguardándoles. Desde lejos hizo un ademán expresivo. Pero ¡qué! ¿no se comía aquél día? Y cuando se acercaron:

—¡Ah! Tendrán Vds. que esperarse un cuartito de hora. No me he atrevido á poner el carnero.

Se quedaron fuera, embelesados, viendo acabar el día. El pinarcillo, sumido en sombras, exhalaba un aroma balsámico de resina: y de la era, candente aún, donde moría un postrer reflejo rosa, subía un leve estremecimiento. Era como un desahogo, un suspiro de alivio, un descanso de toda la posesión, de los entecos almendros y los olivos retorcidos, conforme palidecía la inmensidad celeste pura y serena; y allá, detrás de la casa, la espesura de plátanos no era ya más que una masa de tinieblas, negra é impenetrable, donde se oía la fuente, el eterno canto cristalino.

—¡Mira!—dijo el doctor.—El señor Belombre ha comido ya y está tomando el fresco.

Señalaba á un banco de la finca vecina, donde se sentaba un viejo alto y delgado, de setenta años, de cara larga, surcada de arrugas, y ojos grandes é inmóviles, esmeradamente empaquetado en su levita y su corbata.

—He ahí un sabio—murmuró Clotilde.— Es feliz.

—¡Ese! ¡Lo dudo mucho!

No odiaba á nadie Pascual. La única persona que tenía el don de exasperarle era el

señor Bellombre, un antiguo profesor de séptima, jubilado ya, que vivía en su casita sin otra compañía que la de un jardinero, mudo y sordo, de más edad que él.

—Un valiente que ha tenido miedo de la vida. ¿Oyes? ¡Miedo de la vida!... ¡Sí! ¡Egoísta, duro y avaro! Si desterró á la mujer de su existencia, no fué más que por el terror de tener que comprarla botas. Y no ha conocido más que hijos ajenos que le han hecho sufrir: de ahí su odio á la infancia, esa carne de castigo... ¡El miedo á la vida, el miedo á las cargas y á los deberes, á los sinsabores y á las catástrofes! ¡El miedo á la vida, que hace que, por espanto de sus penas, nos privemos de sus goces! ¡Ah! ¡Esa cobardía me subleva! ¡Vamos, no puedo perdonarla!... ¡Es preciso vivir, y vivir por entero, apurar toda la vida! ¡Antes el sufrimiento, el sufrimiento solo, que esa abdicación, esa muerte de lo vivo y humano que encierra uno en sí!

El señor Bellombre se había levantado y paseaba sosegadamente por una de las calles del jardín. Clotilde, que seguía mirándolo en silencio, dijo finalmente:

—Hay, sin embargo, alegría en renunciar. Renunciar al mundo, no vivir, reservarse

para el misterio, ¿qué otra fué la gran felicidad de los santos?

—Si no vivieron—gritó Pascual—no pueden ser santos.

Pero vió que Clotilde se sublevaba, que iba á perderla otra vez. La preocupación del más allá entraña, en el fondo, miedo y odio á la vida. Recobró, pues, bruscamente su sonrisa afable, tan cariñosa y conciliadora.

—¡No, no! Basta por hoy: no disputemos más; querámonos mucho... ¡Y oye! Nos llama Martina. Vamos á comer.